



Ilustración de Max.

## Huele a torta de salvado de avena

SI EN ESTE MOMENTO están en la playa o piscina, miren a su alrededor. Lo más probable es que estén rodeados de cuerpos Dukan. Es más, si se acercan lo suficiente a uno de ellos (háganlo con discreción, no vayan a acusarles de acoso) quizás perciban un peculiar olor proveniente de su transpiración (no confundir con el de los protectores solares y otros potingues): es el de la torta de salvado de avena, elemento fundamental (¡puajjj!) durante las llamadas fases de ataque y de crucero de la dieta que ha hecho millonario a su inventor. El famoso método ha convertido en arqueología dietética a los de Atkins, Montignac, Weight Watchers, South Beach y demás panaceas adelgazantes surgidas en los últimos treinta años en el occidente ahíto. Mientras nosotros nos desprendemos de rodales de grasa y soñamos con convertirnos en alfeñiques, en Somalia darían lo que fuera hasta por una de esas repugnantes tortas de salvado de arena: contradicciones de un sistema al que los ricos (y los que aspiran a serlo) consideran el mejor posible. En todo caso, si quieren conocer un interesante punto de vista acerca de cómo están las cosas en lo que a la alimentación se refiere no se pierdan el estremecedor *Despilfarro, el escándalo global de la comida* (Alianza), de Tristram Stuart. Les confieso que, mientras lo leía, se me atragantó la Whopper Rodeo (con aritos de cebolla incluidos) que me estaba zampando (no soy precisamente un cuerpo Dukan). Por lo demás, se diría que, en plena crisis libresca, uno de los pocos subgéneros que se venden razonablemente es el de dietética, alimentación y gastronomía. Los del doctor Pierre Dukan, publicados por RBA, ya han vendido en España en torno al millón de ejemplares. Y *Saber cocinar* (Temas de Hoy), de los televisivos Sergio Fernández

(que es el que pone casi todo) y Mariló Montero (que sale en la foto) ya ha rebasado los 100.000. Pero hay muchos más, como *El libro de cocina de la República* (Reino de Cordelia), *La cocina de Nigela Lawson* (Planeta) o *Los dulces de Amanda* (Grijalbo). Hay tantos que, a este paso, hasta en la Biblioteca Nacional van a tener que habilitar nuevos espacios para contenerlos. Claro que ahora irán recomendados: al fin y al cabo el *cocinero* Ferran Adrià ha sido designado miembro del pleno de la comisión del Tricentenario de tan docta institución. Si eso no es decadencia, que vengan Felipe V (fundador de la Biblioteca Real) y Borges (antiguo director de la de Buenos Aires) y lo vean.

### Houellebecq

MICHEL HOUELLEBECQ es el principal fenómeno de la actual literatura francesa. Empleo el término en las acepciones que se refieren a la cualidad extraordinaria o sorprendente de una cosa, animal o persona, y también a lo que los hace de algún modo monstruosos. Claro que “fenómeno” hace asimismo referencia a lo que está por encima de lo normal en términos de mérito o calidad, aunque esta última acepción no pueda siempre predicarse de la irregular y a menudo perfunctoria obra literaria de Houellebecq. No siempre, pero sí a veces. Ahí tenemos, por ejemplo, *El mapa y el territorio*, la novela con la que, por fin, obtuvo la pleitesía del *establishment* crítico y literario francés (Premio Goncourt 2010), y que Anagrama pondrá en las librerías próximamente. El libro —su quinta ficción larga—, menos deliberadamente escandaloso que los anteriores, exhibe lo peor y lo mejor de su estilo, pero en él pesa mucho más lo segundo que lo primero. O mejor aún: lo segundo pesa

tanto que lo primero casi termina por olvidarse. En *El mapa y el territorio* la desmesura, el *grand-guignolismo* y la heterodoxia compositiva se aceptan como otras tantas señas de identidad literaria del autor. Para empezar, consigue algo no siempre frecuente en la ficción literaria francesa contemporánea: que el lector no sepa casi nunca adónde le están llevando. Esta novela, que empieza como historia de amor y termina como *thriller*, se inscribe en una transitada tradición de la literatura europea: la “novela de artista”. Su protagonista, Jed Martin, pretende “dar una visión objetiva del mundo”, por eso fotografía mapas Michelin y los trata con ordenador para intentar convertir la cartografía en territorio. Luego se hace pintor (famoso) y frecuenta a gente célebre. Por ejemplo, al escritor alcohólico y misántropo Michel Houellebecq (al que conoce a través del también novelista Frédéric Beigbeder), que acaba por tener un especial (y siniestro) protagonismo en el libro. De todas las novelas de Houellebecq esta es la más perdidamente autobiográfica. Como en las otras, también en ella encontramos ironía, reflexión y personajes e ideas brillantes (y alguna más bien peregrina). Y, expresado a su modo (a veces un tanto exhibicionista), ese particular *Weltschmerz* ante la vida contemporánea tan característico suyo. Tengo que confesarles que la leí en sólo dos o tres sentadas, lo que es un dato. Y que, mientras avanzaba, me daba cuenta (con asombro) de que, a pesar de que había dejado otras novelas suyas sin terminar, con esta me estaba convirtiendo en houellebecquista. Cosas veredes.

### Criticando

COMO YA HE DICHO en alguna ocasión, mi experiencia como antiguo editor es que a

los autores —la materia prima del negocio, el elemento más creativo, el único verdaderamente imprescindible en la cadena del libro— les encantan las reseñas positivas de sus libros, pero nunca con la intensidad con la que detestan y les enfadan las negativas. Las primeras halagan, pero se olvidan pronto; las segundas producen heridas que tardan en cicatrizar. He conocido a autores que se empeñaban en ver ominosas manos negras, tremendos rencores y oscuras venganzas detrás de las reseñas adversas, aunque nunca sospecharon sobre los motivos de quienes escribían encendidos ditirambos sobre su última novela. Con la multiplicación de las bitácoras (literarias o no) y la difusión de la opinión personal a través de las redes sociales el espacio del añorado crítico-árbitro (el que servía de referencia a los lectores, se estuviera de acuerdo con él o no) se ha visto todavía más reducido. Y, sin embargo, con tanto ruido, la crítica es hoy más necesaria que nunca. Estos días, coincidiendo con la lectura de algunos fragmentos de *Anatomía de la influencia* (Taurus, octubre), un apetitoso ensayo de Harold Bloom en el que el gran crítico norteamericano repasa, a modo de testamento prematuro, todas sus fijaciones teóricas desde aquel brillantísimo *The Anxiety of Influence* con el que se dio a conocer en 1973, he conocido las reglas a las que, según el poeta (y también crítico) Robert Pinsky, debe someterse toda crítica. Son sólo tres, y no me resisto a sintetizárselas. Uno: la crítica debe decir de qué trata el libro. Dos: la crítica debe decir lo que el autor del libro dice acerca de lo que trata el libro. Y tres: la crítica debe decir lo que el crítico piensa sobre lo que el autor dice acerca de lo que trata el libro. *Chapeau*. •

## La vitalidad de Ugo Cornia

### Sobre la felicidad a ultranza

Ugo Cornia  
Traducción de Francisco de Julio Carrobia  
Periférica. Cáceres, 2011  
176 páginas. 16,50 euros

Por Patricia de Souza

HAY LIBROS que son un verdadero acontecimiento y nos trascienden. Se convierten en una presencia, una voz que nos dice, nos relata, nos remueve. Es el caso de *Sobre la felicidad a ultranza*, de Ugo Cornia (Módena, 1965), que se inscribiría en la

nueva generación de autores italianos de la “autoficción”, aquella que utiliza la primera persona como una forma de indagación interior, de eje narrativo para llevarnos a través de experiencias muy subjetivas (la reflexión, la narración, la evocación) que terminan indagando temas universales, la soledad, la vulnerabilidad, el desamparo. Escrita en un lenguaje sencillo y fresco, *Sobre la felicidad a ultranza* tiene ese tono espontáneo de la confesión tanto como la poesía de los contemplativos, y por eso, muchas veces, trasciende el género: ni hombre, ni mujer, una persona que se observa. Rara vez, una voz encarnada en un sujeto

masculino (salvo en *Edad de hombre*, de Michel Leiris, donde describe su cuerpo) nos ha hablado de esta manera de sus inicios sexuales, de las confidencias a la madre, mostrando una imagen de padre que no representa la ley. Más raro todavía, un hombre que no tiene complejos en mostrarse vulnerable, llorar con cada pérdida, vibrar con cada mañana, imaginar la propia muerte y mantener un amor intacto por la vida. Al margen cualquier *pathos* de la experiencia, Cornia nos describe las experiencias más extremas, la pérdida de sus padres, la de una tía, la del amor no reconocido: aquella mujer con la que pasa tres años haciendo el amor, sin pronunciar esta palabra, sin fijar la experiencia en el lenguaje. Muchas veces esa inocencia nos parece trabajada, pero no resistimos mucho sin dejarnos invadir por ella: y pactamos. Tal vez uno de sus

encantos también sea que no hay una trama convencional, sino un fluir continuo, una música, a veces desesperada, pero nunca trágica ni pesimista. Esta es una generación de una Italia desencantada (junto con los Nouveaux Barbares y los 15 M en España) que se mantiene al margen de los discursos políticos y que no confía en ellos, a pesar de que el autor dice ser hijo de un padre anarquista y una madre luchadora, y, si ninguno de ellos tampoco creyó en Dios, esto no les impidió transmitirle un amor incondicional por la vida. La vitalidad es el tono del relato, es su ética y su epifanía. La vida aparece siempre como un misterio, incompleta (no imperfecta) y extraordinaria a la vez, arbitraria, inasible y efímera, como una mirada o un gesto. Y al mismo tiempo eterna. Como dice su autor: “Una bomba de relojería nadando al aire libre”. •